

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 108

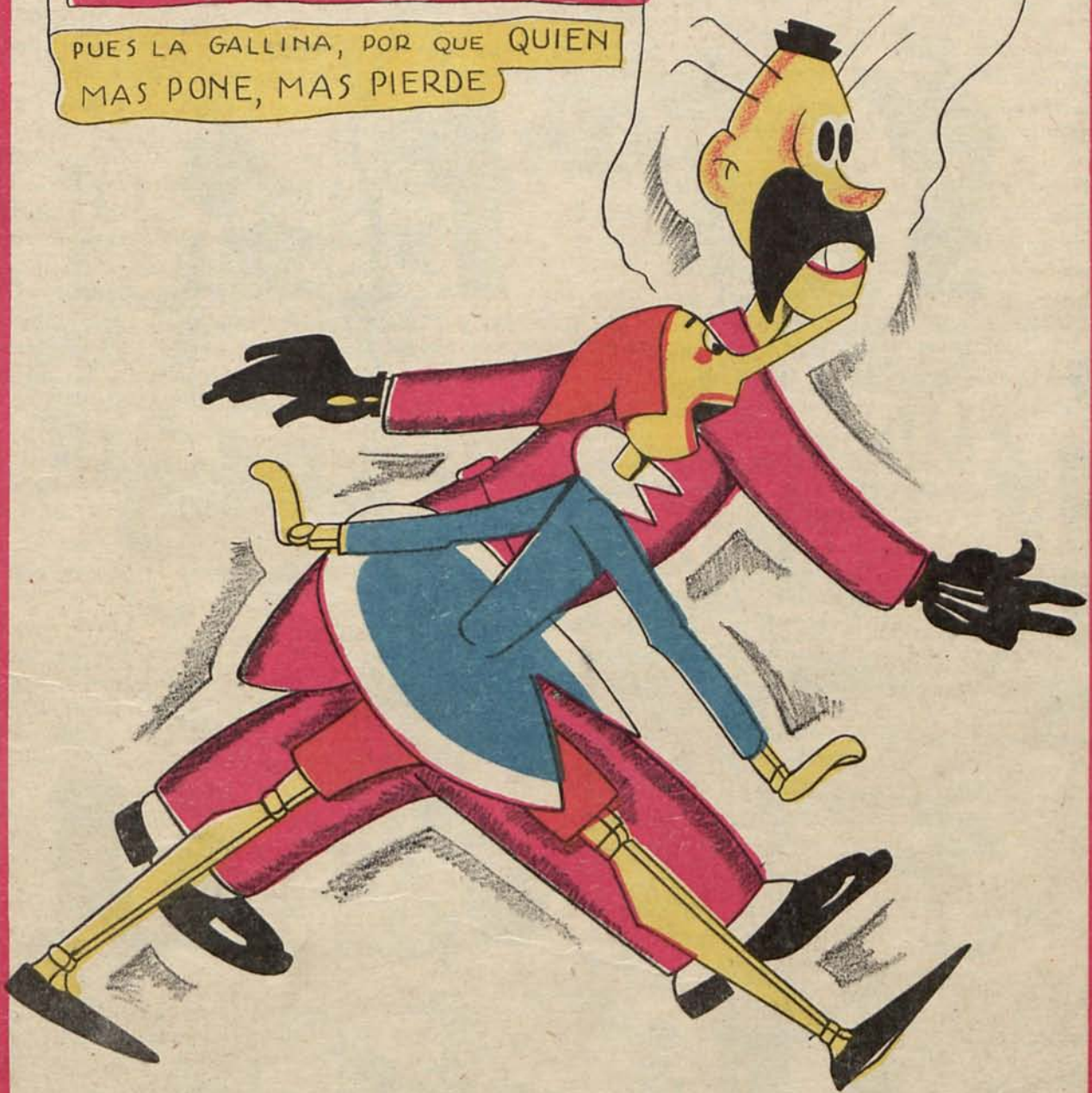
40 Cents.

13 MARZO
1927

VAMOS A VER PINOCHO, SI UN GALLO Y UNA GALLINA JUGASEN
AL TUTE ¿QUIEN PERDERIA?

¡VAYA USTED A SABER DON TURULATO!

PUES LA GALLINA, POR QUE QUIEN
MAS PONE, MAS PIERDE



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO



PROGRAMA
PARA HOY

EL
LOBO
AZUL

Sensacional

GRAN CINE



(Continuación.)

Aunque la primera impresión del desconocido no les fué grata, saludáronle afablemente; era tan alto como Darkie y tenía en la cara una expresión brutal que se la daba especialmente el tener las quijadas muy prominentes.

Contestó al saludo con la cabeza y empezó a mirarlos de arriba abajo lo mismo que si estuviera examinando ganado.

—¿Tiene usted algo de qué tacharnos, viejo? Me hace usted el efecto de un general en una parada militar.

—¿Se puede saber qué es lo que hacéis por estos contornos? —preguntó el desconocido fingiendo no oír la observación de Darkie.

—En este momento nos entretenemos en buscar al Lobo Azul, porque mil dolarcitos nos serían muy útiles ahora que el joven Dan está tan descontento de su rostro, que quiere ir a consultar a un instituto de belleza.

—Me parece que para ser un negro charlas demasiado. ¿Y dónde calculais que vais a encontrar a ese Lobo Azul?

Darkie sonrió, sacando el pecho hacia afuera.

—¡Hay viejecito! ¡Usted no nos conoce! ¿Que dónde vamos a encontrarlo? Pues le diré que los mil pesos están ya tan seguros como si los tuviéramos en el bolsillo.

El hombre corpulento lanzó una carcajada penetrante y burlona nada agradable al oído; luego, con toda calma, apoyó la escopeta en el árbol que tenía detrás de sí.

—¡Ay, negrito, me parece que magras!

Y sin dar el menor aviso de sus intenciones, blandió la mano derecha como un ariete y cogió al descuidado Darkie por la barbilla, levantólo por el aire y lo hizo rodar monte abajo.

Pero no fué eso todo, porque antes de que Dick y Dan tuvieran tiempo de decir ni hacer nada, corrieron la misma suerte de su camarada. Todo ello fué obra de un segundo, y los tres se encontraron tendidos lastimosamente y atontados por la caída.

El agresor dió rienda suelta a una risa convulsiva que resonó en el aire y le hizo a Darkie el mismo efecto de una descarga eléctrica y, dando un rugido de rabia, levantó su mole corpulenta de entre la nieve. Pero lanzó un grito de asombro, pues fué arrojado de cara porque la nieve empezaba a moverse bajo sus pies. Y, antes de recobrase de la sorpresa, los tres compañeros fueron arrastrados por la loma abajo entre una gran avalancha de nieve y hielo.

Y lo que fué peor era que al final de la loma corría un caudaloso y ancho río, cuya superficie estaba interrumpida por bloques flotantes de hielo.

—¡Caracoles! ¡Juntáos uno con otro! —gritó Darkie, haciendo también un esfuerzo para incorporarse; mas fué inmediatamente derribado por la avalancha. Esta iba ganando velocidad metro a metro en su loco descenso, y la frialdad del viento y la inminencia del peligro hicieron revivir a Dick y a Dan.

—¡Quedáos al borde! —gritó Dick—; es nuestra única salvación —pero aun mientras lo decía, vio que no tenían medio de escapar a la avalancha; el descenso de ésta era tan rápido, que les parecía como si el río viniera a su encuentro.

Todos tres, hicieron esfuerzos desesperados por ganar el borde del vasto y moviente ventisquero, mas todo fué en vano. La avalancha se derrumbó con terrible rugido saltando por encima de la orilla al río, y los tres camaradas quedaron sumergidos en él.

Dick sintióse impelido por la nieve que le venía encima y al llegar al fondo del río tuvo que luchar desesperadamente para salir a la superficie, con los pulmones casi reventados por el esfuerzo.

Dan fué más afortunado, porque quedó un poco fuera de la avalancha y al llegar al río la corriente le llevó entre grandes masas de hielo flotante. A uno de estos bloques se agarró Darkie, manteniéndose cogido a él de modo milagroso sin resbalar hasta el agua.

Lastimado y molido, púsose de rodillas encima del bloque y miró a su alrededor.

—¿Dónde estais, hijitos? —preguntó, pues el negro tenía tan buen corazón, que se preocupaba más de la salvación de sus compañeros que de la suya propia.

Dick, que había conseguido por fin ganar la orilla medio helado, respondió:

—¡Yo estoy bien! Busca a Dan, que no le veo por ninguna parte.

Tiritando de frío y con los dientes castañeando, Darkie púsose en pie y miró a través del río. A unos cincuenta metros de distancia vieron el rostro pálido y agonizante de Dan, que trataba en vano de arrastrarse hasta un bloque de hielo; cuando le tenía medio cogido, las manos le resbalaron y volvió a caer en el agua otra vez.

—¡Sostente bien, Dan! —gritole Darkie; pero el grito animoso del negro fué ahogado por un terrible desmoronamiento. El ruido era ensordecedor y Darkie sintió el corazón oprimido como si le echaran una losa encima porque sabía que lo que lo producía era un banco de hielo. Las masas flotantes de hielo no pudiendo por algún motivo seguir la corriente del río se iban amontonando y no tardaron en formar una sólida cuña atravesada en la corriente.

Y a menos que él pudiese coger a su compañero a tiempo para impedirlo, Dan quedaria aplastado entre aquellos pedazos de hielo.

El negro, al sentirse asaltado por tan terrible temor, dió un salto brutal hasta otro bloque de hielo; cayó en el borde de él; sostúvose un instante derecho para guardar el equilibrio y en seguida saltó de aquel a otro. Y así, saltando de témpano en témpano, teniendo a veces que retroceder porque la distancia de uno a

YA QUEDA POCO TIEMPO

Si quieres entrar en el GRAN SORTEO, apresúrate. Para entrar en el TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A LOS SUSCRITORES (Primer premio. Una magnífica bicicleta; segundo, una estapenda caja de soldados; tercero, veinte duros en dinero, y cuarenta y siete magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de abril de 1927.



otro era demasiado grande para salvarla, fué abriéndose camino hasta llegar junto a Dan.

El ruido del desmoramiento aumentaba según los grandes bloques de hielo iban chocando unos contra otros, algunos de los cuales, por ser más pequeños, eran lanzados fuera del agua o hechos polvo. Darkie seguía con los ojos fijos en su compañero que, amoratado por el frío y con los dedos demasiado entumecidos para poder agarrarse al hielo, solo podía sostenerse a flote. Hallábase en tal estado, que apenas se daba cuenta del peligro del hielo que se iba amontonando en torno suyo.

Aún seguía Darkie saltando de un témpano a otro; dos veces estuvo a punto de sumergirse en el agua, pero continuó impertérrito en su intento hasta que llegó al borde donde Dan se sostenía.

Y aún entonces otro bloque vino corriendo hacia él. Darkie se arrojó sobre su compañero y desplegando toda su fuerza en un último y desesperado esfuerzo para salvarlo, le arrastró fuera del río.

En seguida los dos témpanos chocaron una contra otro y Dan y Darkie fueron lanzados lejos.

—¡Caracoles! ¡Vaya un choque! ¿Cómo te sientes, Dan, amigo mío?

Dan sonrió débilmente; no podía hablar porque los dientes le castañeteaban. A través del hielo iba Dick hacia ellos abriéndose paso, pero Darkie le hizo seña de que retrocediera. Y después de tomar aliento y recuperar un poco las fuerzas se puso en pie y cargó a Dan sobre la espalda. Y en el momento de saltar a la orilla,

Dick le gritó: —¡Cuidado, cuidado que el bloque se rompe!

Siguió a estas palabras el estrepito producido por las aguas del río al romper la valla de hielo corriendo como una catarata y arrastrando consigo los témpanos ya sueltos.

Y hasta el corazón valeroso de Darkie se estremeció, porque acababan de escapar de un peligro para caer en otro mayor aún.

Correr para salvarse.



UNCA hasta entonces tuvo Darkie tantos motivos para dar gracias a Dios por la fuerza colosal con que le había dotado.

Con el peso de Dan sobre los hombros e impidiéndole todo movimiento las ropas mojadas, únicamente una persona dotado de tanta fuerza y resistencia como él, podía llevar a cabo tan peligrosa jornada. Con tanta seguridad como un gato, saltaba de un témpano a otro. Un pequeño resbalón hubiera bastado para causar la muerte de los dos, pero ni por un momento vaciló Darkie.

Dick le observaba desde la orilla con el corazón saltándose del pecho temiendo ver a cada momento a sus dos compañeros aplastados entre los enormes y movientes témpanos. Pero parecía como si la Providencia velara por el negro y por su carga, porque aunque muchas veces estuvo a punto de perder la vida, saltó por fin a la orilla donde se tiró desfallecido y lleno de congoja.

Pero aún no había pasado todo el peligro, porque allí en

aquella explanada desierta y cubierta de nieve no había manera de encender un fuego; era por lo tanto necesario que Dan y Darkie continuaran moviéndose para no morir ateridos.

—¡Vamos Dan, amigo mío! ¡Animo, que todavía no estás muerto! —decíale Darkie. —¡Vamos hombre, pon los pies en el suelo y anda que no vamos a llevarte por el aire! Vamos... o te rompo la cabeza!

Esto parecerá un poco de crueldad por parte del negro, pero en aquellas circunstancias ser cruel era ser amable. La vida de Dan dependía de que hiciera ejercicio... y Dick y Darkie lo obligaron a hacerlo a pesar de que también era una tortura para ellos.

Llegaron a la cabaña al fin; encontraron al policía levantado calentándose ante un hermoso fuego. La cosa no podía presentarse mejor.

—Yo me encargaré del muchacho. Ustedes quítense la ropa y desen una fricción por el cuerpo lo más fuerte que puedan. Y el policía empezó a trabajar con Dan.

Primeramente le desnudó y le echó encima de una piel de oso junto al fuego; luego comenzó a hacerle masaje en todo el cuerpo interrumpiéndose de vez en cuando para hacerle

tragar cucharadas de sopa caliente.

Después de una hora de bregar sin descanso Dan empezaba a dar señales de vida. Ya vestían ropas secas.

Me parece que ya vuelve en sí —dijo el policía al ver a Dan sonreír débilmente.

—¡Jo, jo, jo! —rugió Darkie— ¡Y gracias que eres muy poquita cosa, Dan, porque si no te hubieras visto negro para salir de allí.

A pesar de sus protestas, Dan fué envuelto en

mantas calientes y metido en la cama acto seguido.

—¡Puesto que ya hemos atendido al exterior, ahora hay que ocuparse un poco del interior—observó Darkie—. ¿Cómo andas de apetito, Dick?

—¡Como para comerme un caballo!

—¡Pues me parece que no queda ninguno en la despensa; y ni siquiera podrás comerte un asno, no siendo que te comas a ti mismo! Y, a propósito—añadió volviéndose al policía— Usted dispensará que me haya olvidado de preguntarle por su salud.

—¡Ya estoy completamente bien! Yo me llamo Ted Lucas, para servirles a ustedes, y estoy deseando que me cuenten cómo es que vienen ustedes tan empapados en agua; sospecho que se habrán caído al río.

—Y no se equivoca usted, viejo—replicó Darkie restregándose la quijada que le dolía—. Y este dolor me recuerda de que hay un pollo por estos sitios a quien este niño tiene muchos deseos de volver a encontrar. Hablo de la patada que me dió un elefante. Cuéntalo tú, Dick, porque yo, sólo con pensar en ello, se me quita el uso de la palabra.

Dick relató al policía el encuentro con el desconocido y las palabras que le habían hecho agredir a los tres compañeros.

—Y dígame: ¿cómo era él?

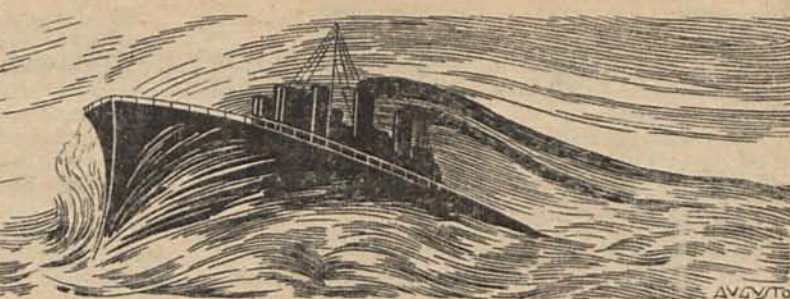
Dick le hizo la descripción, al oír la cual Ted Lucas dió un largo silbido de asombro.

—¡Cielos! ¡Han estado ustedes con el propio Lobo Azul!

(Concluirá en el número próximo.)

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

—Escuchadme — prosiguió Alberto con alguna emoción—; sé que me amais...

—Oh sí, con todas las fuerzas de mi corazón; me habéis salvado moral y físicamente...; no lo olvido.

—Bien, bien; pero os diré algo más.

Sé que no sólo me amais, sino que sois el único sér ligado a mi persona por nexos de afecto, mientras que todos los otros que me obedecen y a un gesto mío se harían cortar en pedazos están animados por egoísta sentimiento de lucro, y éstos son los menos, por fortuna, o les impulsa un odio tradicional e implacable contra los ingleses. Me respetan y me temen porque me estiman y saben que, sin mí, a los pocos días serían cogidos y colgados, según sentencia de un consejo de guerra, de la antena más alta de una fragata inglesa; pero no me aman... al menos como quisiera.

Vuestra cara me indica que no comprendéis la razón de mis palabras; me explicaré.

Me voy a ver en un grandísimo peligro que pudiera tener por consecuencia mi muerte.

Mop abrió desmesuradamente los ojos, diciendo:

—¡Diablo!... ¿Hablais en serio?

—Mop, ¿tengo yo cara de broma?

—No, no.

—Entonces podeis crerme.

—¿El peligro a que aludís lo constituye la escuadra cuya presencia ha señalado el vigía?

Alberto movió la cabeza sonriendo y añadió:

—Los tres buques vistos, admitida la hipótesis de que nos persigan, desarrollan una velocidad máxima inferior en un tercio a la del nuestro, bastando media hora de marcha forzada para sustraernos completamente a su persecución y hacerles perder nuestro rastro.

Veis, pues, que no se trata de esto, sino de otra cosa bien distinto.

—¿Luego se trata de un peligro individual?

—Sí.

—¿Que sólo os amenaza a vos?

—Sí.

—¿Acecha alguien vuestra vida?

—Sí.

—Por todos los diablos —gritó Mop—, decidme su nombre y voy ahora mismo, le cojo por los cabezones y le tiro al mar, donde cualquier tiburón se encargará de tragarlo.

—Agradezco vuestra intención; pero os prohibo llevarla a efecto.

—Uhm, ¿por qué?

—Porque mi muerte, si sobreviniese, no tendría más responsable que mi voluntad.

El ex ladrón dió un salto.

—Un suicidio... vos —balbució extraviado.

—Tranquilizáos —repuso Alberto con visible tristeza—, no se trata de un suicidio, sino de un juicio de Dios.

—¿Un juicio de Dios?... ¿Qué significa eso?

—Mañana por la mañana lo sabréis.

Por ahora decidme si, en nombre del afecto y gratitud que me tenéis, estais dispuesto a guardar celosamente este pliego y, después de mi muerte, a hacer respetar por todos los medios que son humanamente posibles, las órdenes en él contenidas y cumplir los encargos que os encomiendo.

Mop fijó la mirada en los ojos del comandante del crucero como dudando del estado de su razón; luego extendió con resolución su mano derecha y, tomando el pliego que Alberto le ofrecía, dijo con acento solemne:

—Os juro que seréis obedecido, aunque me costase obedeceros la libertad y la vida.

—Gracias, amigo mío —repuso Alberto dándole un apretón de manos—, ahora estoy tranquilo.

Decidme... ¿habéis sacado de la bodega a Jaime Davy?

—Sí.

—¿Y luego?

—Le llevé al lado de su hija.

—¿Miss Ellen se habrá tranquilizado?

—Inmediatamente; estaba asustada de verse sola.

¡Pobre muchacha!

Alberto Wendover hizo un gesto de impaciencia.

—Mop —dijo—, hacedme el favor de conducir aquí a Jaime Davy con cualquier pretexto.

Tengo que hablarle.

—¿Y si chilla miss Ellen?

—Esperad a que se vuelva a dormir.

—¿Y vos vais a esperar?

—Claro es.

—Pero...

—¿Qué?

—Quería deciros... ¿no tenéis necesidad de descansar?

—No.

—Sois de hierro.

El comandante sonrió y replicó:

—Andad, y cuando Jaime Davy esté aquí, retiráos... para que descanséis.

—Decid más bien que deseais quedar solo con él.

—Por una cosa y por la otra. Andad, amigo mío.

Mop hizo una reverencia y salió.

Alberto se puso en pie, acercóse a un armario, sacó un elegante estuche de madra de sándalo y lo abrió.

Patrick, que desde su observatorio seguía con la mirada y con el oído, con una ansiedad fácil de suponer, cuanto sucedía en el camarote, descubrió dentro del estuche dos largas pistolas orientales, adornadas con arabescos e incrustaciones tan finas y preciosas, que aun un profano no hubiese dudado en atribuirles un valor excepcional.

El comandante del crucero sacó una después de la otra y las examinó cuidadosamente; luego cambió, a cada una su cápsula y las volvió a colocar en su lugar.

Transcurridos diez minutos, entró el capitán Jaime Davy. Estaba horriblemente pálido.

—Sentáos —le dijo Alberto indicándole una silla—; os he hecho llamar para exponeros las condiciones con que podemos regular nuestra partida.

Nos batiremos.

Un vivo relámpago de júbilo brilló en la mirada del capitán Davy.

No escapó a los ojos escrutadores de Alberto Wendover, el cual añadió:

—Veo que os agrada mi proposición, por tanto, voy a completarla.

Nos batiremos a pistola; sin embargo, si preferís la espada...

—No, no —dijo con voz ronca Jaime Davy—, acepto la pistola.

Por lo demás, cualquier arma me es indiferente con tal de que sirva para mataros.

—¿Lo esperais entonces?

—Oh, Dios dirigirá mi mano.

—¿Osais invocar su justicia vos?...

—Yo. Cuales son los...

—Basta; deseo no volver sobre un razonamiento que pudiera hacerme arrepentir de la decisión tomada. Aquí están las armas, y, como podéis observar, no puede quitarse la vida a un hombre con más elegancia ni más lujosamente.

Son el regalo de un rajah indio a quien los ingleses han destronado y a quien yo me he propuesto colocar de nuevo en el trono de sus antepasados...

Mas perdonad; esto no os interesa gran cosa. Seguiré enumerándoos los particulares de nuestra partida.

Nos batiremos mañana, y si el mar, como lo espero, se ha calmado, cada uno de nosotros se embarcará en un bote, se colocará a veinte metros y, a una señal convenida, vos haréis fuego.

Tengo el honor de advertiros que soy un buen tirador, y que, si errais el tiro, os mataré con toda seguridad; por eso he dispuesto hacer un solo disparo.

Además, os juro que si no os matase, vuestra vida será para mí sagrada y ya no tendréis nada que temer.

En cuanto a haber elegido el mar con preferencia al puente del crucero como campo de lucha, no creo os sea difícil comprender la razón.

No quiero que nadie intervenga y nos estorbe.

Bien sabéis que basta un simple grito para hacer perder la calma a un hombre que ve su vida y la de su adversario pendiente de la seguridad de una mirada y de la inmovilidad de un brazo.

—¿Tenéis que hacer alguna advertencia?

—Ninguna; mañana os mataré.

Alberto Wendover sonrió.

—Tengo en tan poco mi existencia —dijo—, que no me desagradaría gran cosa.

Entretanto, para que no os tiemble el pulso y vuestra vista esté clara y segura, os aconsejo ir a descansar durante algunas horas.

Ahora bien, ¿deseáis ser conducido al camarote de miss Ellen o a otro distinto?

—Junto a mi hija.

—Como gustéis; seguidme.

Alberto Wendover y el capitán Davy salieron.

Patrick sintió cerrar la puerta con llave.

—¡Diablo! —pensó—. Este bribón toma precauciones.

Y ahora, marinero mío, razonemos un poco; es seguro que mañana los dos se batirán y que, si el capitán Davy yerra el tiro, cosa por lo demás bien probable, el otro le matará sin misericordia.

El señor Mop me ha descrito a su comandante como un hombre maravilloso, capaz de meterse en zambra con una flota entera de barcos de guerra, de transformar una cáscara de nuez en un acorazado, un conejo en un león; espadachín insuperable, tirador capaz de colocar veinte balas de pistola una encima de la otra, sin errar un tiro, a veinte pasos de distancia.

Aun admitiendo que haya en ello algo de exageración, si bien hay que confesar que el señor Mop hablaba con la mayor serenidad, no es menos cierto que el pobre capitán Davy quedará tendido en la sentina de la chalupa a la primera y única descarga establecida.

Por tanto, marinero Patrick, debemos impedir a toda costa tal desgracia, la cual dejaría huérfana a miss Ellen y la reduciría a la más tremenda desesperación.

¿Pero qué hacer?...

¿Qué modio emplear?...

¡Ah, si pudiese entrar ahí dentro aunque sólo fuese durante cinco minutos!...

El valiente irlandés quedóse pensativo, después de lo cual dió un suspiro de satisfacción.

—Mi raciocinio —pensó— marcha como un torpedero de alta mar.

Vamos a ver: aquí hay una puerta; necesariamente esta puerta ha de tener un modio, cualquiera que sea, de abrirse y cerrarse a voluntad; de otro modo, sería inútil y no se comprendería la existencia de este pasadizo secreto.

Supongamos que tal modo es el que me ha servido para llegar hasta aquí, y es probable que, a fuerza de buscar, encuentre en algún sitio un botón.

Manos a la obra.

Púsose pacientemente a palpar toda la superficie de la puerta, recorriendo con el índice todas las hendiduras, y al fin sus tentativas se vieron coronadas por un éxito que sobrepasaba a sus deseos.

En dos huecos distintos, pero a la misma distancia del suelo, descubrió dos resortes, sobre cuyo empleo no tuvo la menor duda.

—Uno sirve para abrir, el otro para cerrar —murmuró—. Bendito Dios, comienzo a creer que el cielo protege mi obra.

Animo, entremos...

¿Y si me sorprenden?

Fuera temor, marinero; el comandante del crucero, antes de volver aquí, querrá asegurarse de que todo marcha bien a bordo. El debe hacerlo, es su obligación, y sería un animal si no lo hiciese.

A mí me basta con cinco minutos... Buen Dios, ¿el capitán de un barco no debe perder cinco minutos en pro de los hombres confiados a él?

Patrick, tranquilizado por una lógica tan especiosa, oprimió con el índice uno de los resortes.

La puerta no se movió.

Pasó el dedo al otro; la puerta se abrió sin el más leve ruido.

Patrick entró, oprimiéndose con una mano el corazón, que parecía querérsele salir del pecho, dirigiéndose al cofrecito de las pistolas, tomó las dos armas y...

Miró en derredor con desconfianza; escuchó: nada.

Con ansia febril, temblándole los dedos, sacó los tacos, luego los dos proyectiles, se los guardó en el bolsillo, cargó de nuevo las pistolas, ya inofensivas, y volvió a colocarlas en su puesto dentro del estuche de sándalo.

Luego escapó, cerrando tras sí la puerta.

Ya era tiempo; Alberto Wendover volvía en aquel instante.

VI

LA SORPRESA DE UN PUELO



El cielo amaneció completamente azul y despejado de nubes hasta la parte de occidente, en cuyo horizonte se amontonaban los últimos residuos del huracán, en líneas densas, muy bajas y oscuras.

Poco después un alegre sol fulguró en oriente e iluminó un mar de calma inverosímil y de un verde maravilloso.

Ni se veía tierra ni un barco en el horizonte.

Sólo *El Crucero sin nombre* testimoniaba la vida en aquel inmenso desierto de agua.

—Magnífico día para ver morir a un hombre —dijo Alberto Wendover subiendo a la cubierta en compañía de Mop, el cual tenía bajo el brazo un estuche de madera de sándalo.

El ex ladrón suspiró con la fuerza de un fuelle y movió tristemente la cabeza, haciendo una mueca que le alargó la cara.

Alberto no se apercibió o no hizo caso de aquella mímica tan significativa y, volviéndose a un grupo de marineros de servicio, gritó:

—¡Preparad dos botes de estribor!

Y mientras los hombres de guardia se lanzaban a las grúas para ejecutar la orden, subió al puente de mando y, con el telégrafo de la máquina, ordenó:

—¡Alto!

El crucero sintió un estremecimiento que recorrió todos sus miembros de acero; pareció encabritarse como un caballo de reza tras un fragoroso espumar a popa; avanzó aún algunos momentos, cada vez más lento, luego se paró.

Pocos minutos después, toda la tripulación estaba sobre cubierta, extrañados de aquella parada repentina, de la que nadie, salvo Alberto Wendover y el capitán Jaime Davy, conocía la causa. El comandante del crucero hizo formar a sus hombres, mandó botar al agua las dos chalupas y esperó en silencio, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en la inmensa llanura del Océano Pacífico.

De improviso un hombre salió por la escotilla de popa y se dirigió con paso firme hacia el comandante Wendover. Aquel hombre era Jaime Davy, pálido, pero tranquilo.

Se acercó a su adversario y le saludó con fría corrección, a la que el más exigente *gentleman* no habría sido capaz de poner un *pero*.

—¿Me habéis hecho llamar, *mister*? —dijo.

—Sí —respondió Alberto, devolviéndole el saludo en igual forma.

—Estoy a vuestra disposición.

—Está bien.

—¿Nos batiremos en seguida?

—Cuando gustéis.

—Despachemos pues.

—Un momento, caballero —añadió Alberto—. Ya que os he ofrecido ocasión de resolver nuestra cuestión de un modo caballeresco, habéis adquirido implícitamente derechos iguales a los míos, y cualquier deseo vuestro debe ser para mí sagrado.

(Continuará en el número próximo.)

Si eres buen
amigo de Pinocho
envíale hoy este
Boletín de Suscripción



D. _____, que vive en _____
(Población.) _____
(Calle.) _____ (Provincia o Estado.) _____ se suscribe desde el pró-
ximo número a PINOCHO por (1)

UN AÑO	{	cuyo importe de {
UN SEMESTRE		
UN TRIMESTRE		

20 pts.
10 pts.
5 pts.

remite a la Administración de PINOCHO en _____ (2).
(C. de Valencia, 28. Madrid.)
En _____ a _____ de 192____
(Población.) _____
FIRMA: _____

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.

UNA TIROMBA DE POLVO

CUENTO POR EMILIO SALGARI



El señor Morales, uno de los más ricos ganaderos de la pampa argentina, poseedor de unas cuantas decenas de millares de animales, entre caballos, carneros y bueyes, nos había invitado a una partida de caza de *batitus*, prometiéndonos además una copiosa comida en uno de sus *ranchos*.

Para hombres que se pasan la vida en el mar, viendo solamente cielo y agua y agua y cielo, y que se ven obligados a tragar de buena o de mala gana siempre el mismo rancho, tal invitación equivalía a una verdadera fiesta. Además, el señor Morales, de extremada gentileza, había insistido tanto para que aceptásemos, que una negativa hubiese equivalido casi a una ofensa.

Una mañana, pues, dejamos Buenos Aires en dos berlinas, tirada cada una por seis caballos que parecían tener fuego en las venas, aunque fuesen de mala apariencia.

Figuraos que eran casi de color amarillo y que no tenían ni cola ni crines. ¡Imaginad el efecto que puede producir un caballo privado de aquellos naturales ornamentos!

Partimos alegres, llevando con nosotros las escopetas de caza, buen número de cartuchos y hasta provisiones, porque nos habían advertido que teníamos que hacer un largo recorrido antes de llegar a la pampa entre cuyas yerbas se esconden los *batitus*, pájaros que nos ponderaban como deliciosos en extremo y que se dejaban matar con la mejor gracia del mundo.

Corríamos vertiginosamente, en un infernal estruendo. Los *gauchos* que montaban los caballos, parecía que habían recibido la orden de hacernos viajar con velocidad de ferrocarril y excitaban a los caballos con aullidos salvajes y con un incesante restallar de los látigos.

¡Hermosos tipos aquellos *gauchos*, que pasan por ser los mejores jinetes de la América del Sur si no son los más valientes del mundo entero!

Pequeños, más bien delgados todo nervios, de piel morena, ojos pequeños y negros en los que brilla siempre una profunda llama que hasta llega a producir un cierto malestar al mirarlos.

Puede decirse que viven a caballo y casi no saben andar. Hasta llegan a dormirse hundidos en sus inmensas sillas, cómodos butacones con elevados respaldos que impiden una caída.

Sólo se ocupan del ganado, defendiéndole contra los asaltos de las fieras y de los indios, y tienen odio a la ciudad. Sólo en la pampa, en aquel inmenso océano verde, se sienten libres y felices.

Al medio día, ensordecidos, con los huesos molidos por aquellas furiosas sacudidas, medio cegados por el polvo, llegamos a la pampa. Yerba, más yerba, cardos, flores y de nuevo yerba: he aquí la pampa.

Pocos árboles, alguno de ellos inmenso, que por sí sólo ya forma un pequeño bosquecillo, algún pequeño grupo de matorrales poco altos y nada más.

—Preparad los fusiles—dijo el jefe de los *gauchos*, cargando uno de aquellos inmensos trabucos que nuestros abuelos usaban hace un siglo, y que ahora sólo sirven en el campo para festejar algún santo.

—¿Nos amenaza algún peligro?—le preguntamos—. ¿Quizá los indios?

—Nada de indios—contestó—. Hace muchos años que han abandonado estas tierras. Preparaos, en cambio, a disparar contra los *batitus*.

¡Los *batitus*! Sí, recordábamos que habíamos sido invitados a una cacería de aquellos pájaros tan apreciados en la Argentina, ¿pero dónde estaban? Durante nuestra larga y furiosa galopada, no habíamos visto más que algún pobre papagayo y algún minúsculo pájaro mosca, cuando el señor Morales nos había prometido una cacería extraordinaria.

Interrogué a mi marinero, el valiente Barsal, fiel compañero en todas mis excursiones.

—Oye, Basal—le dije—. ¿Ves alguno de esos famosos pájaros?

—Yo no veo más que yerba—me contestó—. ¿Disparamos contra los cardos?... ¡En salsa no resultan malos!

—¿Sus señorías están preparados?—nos preguntó en aquel momento el capataz de los *gauchos*.

—Las armas están cargadas—contestamos.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando una brusca sacudida nos hizo caer uno encima de otro.

Las dos berlinas habían reanudado su carrera, ¡y qué carrera! Íbamos con velocidad de tren expreso, dando tumbos al extremo de no podernos mantener derechos.

El suelo de la pampa no tiene nada de uniforme. Tiene baches profundos, surcos, canalillos excavados por las aguas durante los fuertes aguaceros.

Las dos berlinas, arrastradas en una vertiginosa carrera, daban tumbos horribles, haciendo eses, destrozando despiadadamente enormes extensiones de soberbias verbenas y todas clases de florecillas rojas y amarillas.

Los caballos, azuzados por una granizada de latigazos y por los roncós gritos de los *gauchos*, se iban de vez en cuando a la empinada, agitando cómicamente sus miserables colas peladas.

Estábamos prontos a dar caza a los *batitus*, pero por mucho que mirásemos por todas partes no

llegábamos a descubrir en la clara atmósfera ni un sólo volátil.

—¡Atención!—gritó de repente el capataz de los *gauchos*— ¡Disparad hacia el suelo!

Una nube de pájaros se había levantado repentinamente de entre las altas yerbas, volando a flor de tierra con un ruido ensordecedor.

Eran unos cuantos millares de *batitus*, levantados por el galope infernal de los doce caballos. Eran grandes como gallináceas y parecían volar con cierta fatiga.

Rompimos en seguida un nutrido fuego, mientras los *gauchos* disparaban los enormes trabucos, cargados con pequeños clavos y pedazos de hierro, haciendo un estruendo terrible y llenándonos de humo.

Los pájaros caían a cientos, muertos por una prodigiosa cantidad de proyectiles. Como huían en grupo y solo se alzaban unos metros del suelo, tendiendo siempre a refugiarse entre la hierba, era difícil errar el golpe; además, a cada instante, de bajo las patas de los





caballos, se alzaban nuevos grupos, doblando, triplicando el número de ellos.

¡Cuánta razón tenían los argentinos al decir que aquellos deliciosos pájaros se dejaban matar con la mejor buena voluntad del mundo!

La carrera continuaba y las fusilerías se sucedían con aumento espantoso.

—¡Fuego!—gritábamos todos.

—¡Tirad hacia allí!

—¡Mirad otro grupo que se levanta!

¡Pim, pam, pum! Y los pobres pájaros caían de todas partes.

Aquella carrera duró media hora, durante la cual se hicieron por lo menos más de mil disparos y una cincuentena de trabucazos; después, los caballos, completamente agotados, llenos de sudor, hicieron alto delante de un inmenso recinto, formado por troncos de árboles, en cuyo centro se alzaba una casa de pequeñas proporciones, pero de madera con el techo de paja.

Era el rancho del señor Morales. En torno, diseminados por la inmensa llanura, casi ocultos por completo por la yerba que en aquel sitio era altísima, veíanse rebaños de bueyes, de caballos, y de carneros, guardados por *gauchos* a caballo, armados de largos bastones con punta de hierro.

—Amigo—dijo Barsal, volviéndose al capataz que nos ayudaba a bajar del coche—. Supongo que no habremos consumido tantas municiones para que todos aquellos pájaros sirvan de regalo a los zorros y lobos.

Pues nosotros no habíamos recogido ni uno sólo.

—No se preocupe, señor—contestó el *gaucha*—. Nuestros peones saldrán en seguida a recoger los muertos y heridos.

Entramos en el rancho. El señor Morales nos esperaba bajo un gran gran tejadillo de paja, donde vimos con gran placer una mesa bien servida, en la que humeaban, entro de gigantesca fuente, corderitos asados y cuartos de ternera al horno.

No faltaba el apetito, después de aquella larguísima carrera.

Nos sentamos en torno de la mesa y, a la invitación del señor Morales, atacamos los guisos.

Barsal, mi marinero, a quien las emociones de la cacería habían producido una hambre canina, devoraba por dos y bebía por cuatro, haciendo honor, sobre todo, a la caña y a los vinos de España.

Hacia unas cuantas horas que habíamos terminado de comer y

hablábamos tranquilamente de los incidentes de la jornada, cuando vimos entrar al capataz de los *gauchos* y acercarse al señor Morales hablándole en voz baja.

Como le estaba observando, vi reflejarse en su rostro una cierta preocupación y, aguzando el oído, oí preguntar al propietario del rancho:

—¿Estás seguro de no equivocarte, José?

—No me engaño jamás. Apenas tendrán tiempo de dejar la pampa y llegar a orillas del Plata.

El señor Morales se puso en pie presa de una cierta agitación y volviéndose a nosotros, nos dijo:

—Señores, lo siento mucho, pero les aconsejo que se marchen sin perder un momento. He dado orden de que enganchen mis mejores caballos a las berlinas. Mañana, apenas haya pasado la tromba, me apresuraré a enviarles a bordo los *batitus*.

—¿De qué tromba habla usted, señor Morales?—pregunté.

—Está a punto de desencadenarse en la pampa una tempestad de polvo que producirá inmensos destrozos y que quizá no perdo-

naré ni siquiera a mi rancho. Les aconsejo que partan para no exponerse a graves peligros. Yo les acompañaré.

—¿Y sus *gauchos*?

—¡Oh! Ellos están acostumbrados a tan tremendo fenómeno y saben donde refugiarse. Partamos, señores, sin titubear.

Impresionados por las preocupaciones del propietario, y no conociendo los efectos de las trombas, nos pusimos todos en pie. Barsal, no obstante, antes de partir, creyó oportuno meterse en sus inmensos bolsillos un par de botellas de Jerez.

—Podrán sernos de utilidad—me dijo—para remojarnos el gaznate y echar afuera el polvo.

Las berlinas nos esperaban fuera del rancho y entonces había enganchados caballos de raza, con sus hermosas colas y crines.

Cuando partimos eran las cuatro y, sin embargo, la temperatura era tan ardiente que apenas podíamos respirar.

Además, las yerbas, que por la mañana eran verdes y se mantenían erguidas, en aquel momento aparecían tumbadas casi del todo y de un color mortecino.

Hice esta observación al señor Morales.

—Es un tremendo golpe de sol—me contestó—. Sucede a menudo, en la pampa, que antes que se desencadenen las trombas de polvillo, el sol quema en pocas horas toda la yerba.

—¿No reverdecen después?

—Es probable que mañana, aquí, donde ahora no se ve más que yerba, no quede el forraje suficiente para mi ganado. Las trombas de polvo constituyen la plaga más terrible de este país y no hay remedio contra ellas. Matan miles y miles de cabezas de ganados sofocándolos de calor.

Y volviéndose hacia los *gauchos*, les gritó:

—¡De prisa! ¡Más de prisa!

¡Y os aseguro que los caballos corrian aún más veloces que los de aquella mañana! Hasta los caballos mostrábanse inquietos y lanzaban ahogados relinchos.

Hacia una hora que corriamos, cuando un brillante relámpago serpenteó por el cielo, que en aquel momento no estaba cubierto de nube alguna.

Aquel relámpago, estallando en aquel espléndido cielo, nos sorprendió a todos, exceptuando a los *gauchos* y al señor de Morales.

—¡Mala señal!—nos dijo este último—. El meteoro nos sorprende antes que hayamos tenido tiempo de abandonar la pampa. Cuando relampaguea estando sereno, indica que el huracán está cercano.

Un momento después, un segundo relámpago más intenso que el primero, y más tarde un tercero, serpentearon encima de nuestras cabezas, y un cambio repentino se produjo en la atmósfera.

Un viento calientísimo, que parecía salir del cráter de un volcán en erupción, empezó a soplar, tumbando y secando las yerbas de la pampa; después apareció hacia el Sur una nube de polvo, que avanzaba con increíble rapidez.

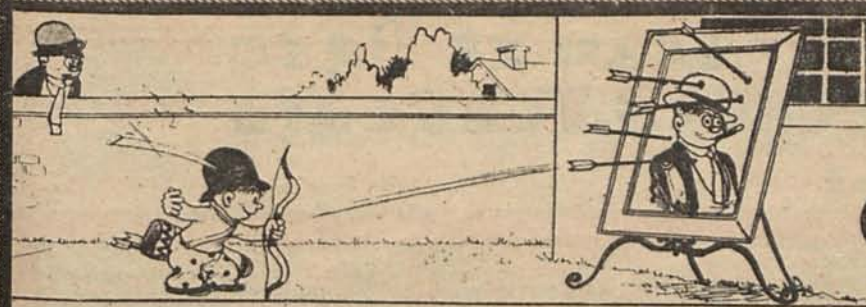
—¡De prisa! ¡De prisa!—gritaban los *gauchos*, cubriéndose la cara con sus mantas de colores.

Hacia el Sur, una gran línea negra parecía llenar todo el horizonte, que iba subiendo a simple vista, extendiéndose hacia levante y poniente.

Un cuarto de hora más tarde, toda la bóveda celeste había sido invadida por aquella nube, y antes de que nos pudiésemos dar cuenta de lo que estaba a punto de suceder, una densa nube de polvo, levantada por impetuosas rachas de viento, cubrió el suelo, envolviendo la pampa en una sombra incolora y espesa.

(Continuará en el número próximo)





POTIPÁN Y CAÑAMÓN



¡NO SABE USTED DON SEVERO, CUÁNTO LE AGRADECERE QUE ME OBSEQUIE CON ESE RETRATO!

¡Y BARATO, PORQUE DOCE MIL PESETAS NO ES UN PRECIO FABULOSO!

¡BUENO, EN CUANTO LO TERMINE ME LO TRAE A CASA!



¡TE DIGO QUE DON SEVERO SE HA VUELTO LOCO CON LOS CUADROS, ACABA DE CONTRATAR UNO EN DOCE MIL PESETAS!

¿DOCE MIL PESETAS? ¡MITIA!



¡BUENO, PÁSALO AL DESPACHO Y AHORA TE DARÉ UN CHEQUE PARA EL QUE LO HA TRAI DO!

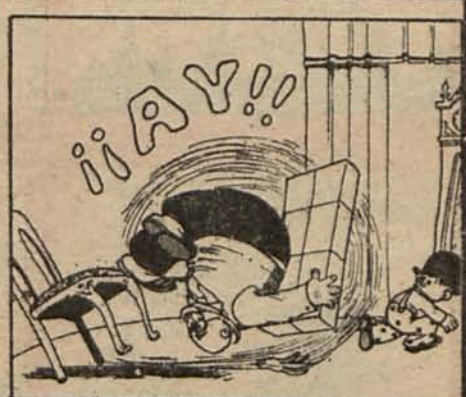


¡AY!

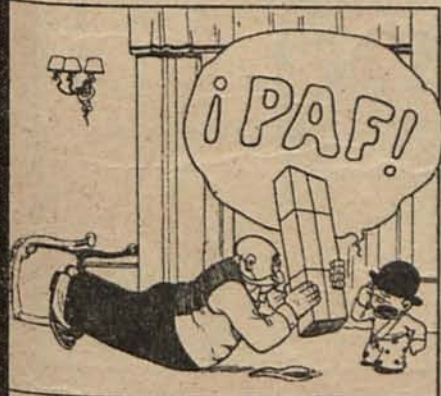


¡CARAY! ¿POR QUÉ NO ME ENSEÑARAN EN LA ESCUELA A CLAVAR CLAVOS?

¡AY MI PLATANO QUE ME LO VA A APLASTAR!



¡AY!



¡PAF!



¡NO LLORES, QUE AL CUADRO NO LE HA PASA DO NADA!

¡SÍ, PERO FIJÉSE COMO ME HA DEJADO MI PLATANO!



¡COMO LO OYES! ES UN RETRATO ESTUPENDO. ¡PONLO ENCIMA DEL PIANO Y DES-CÚBRELO!

¿ES DE VERAS QUE VA LE ESE CUADRO DOCE MIL PESETAS?



¿ESTUPENDO DICE USTED?



¡AQUÍ ESTÁ MIRETRATO, DON SEVERO!

¿QUIERE QUE SE LO LLEVE A SU CASA?

¡NO! ¡LLEVELO A LA CÁRCEL MODELO!



¡USTED BRO-MEA! ¡SI USTED NO VIVE ALLÍ!

¡NO, PERO ALLÍ VIVIRÉ EN CUANTO ENCUENTRE A ESE SIN-VERGÜENZA DE POTIPÁN!



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A LOS SUSCRITORES (2.º PREMIO)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



COLORÍN Y SU PANDILLA



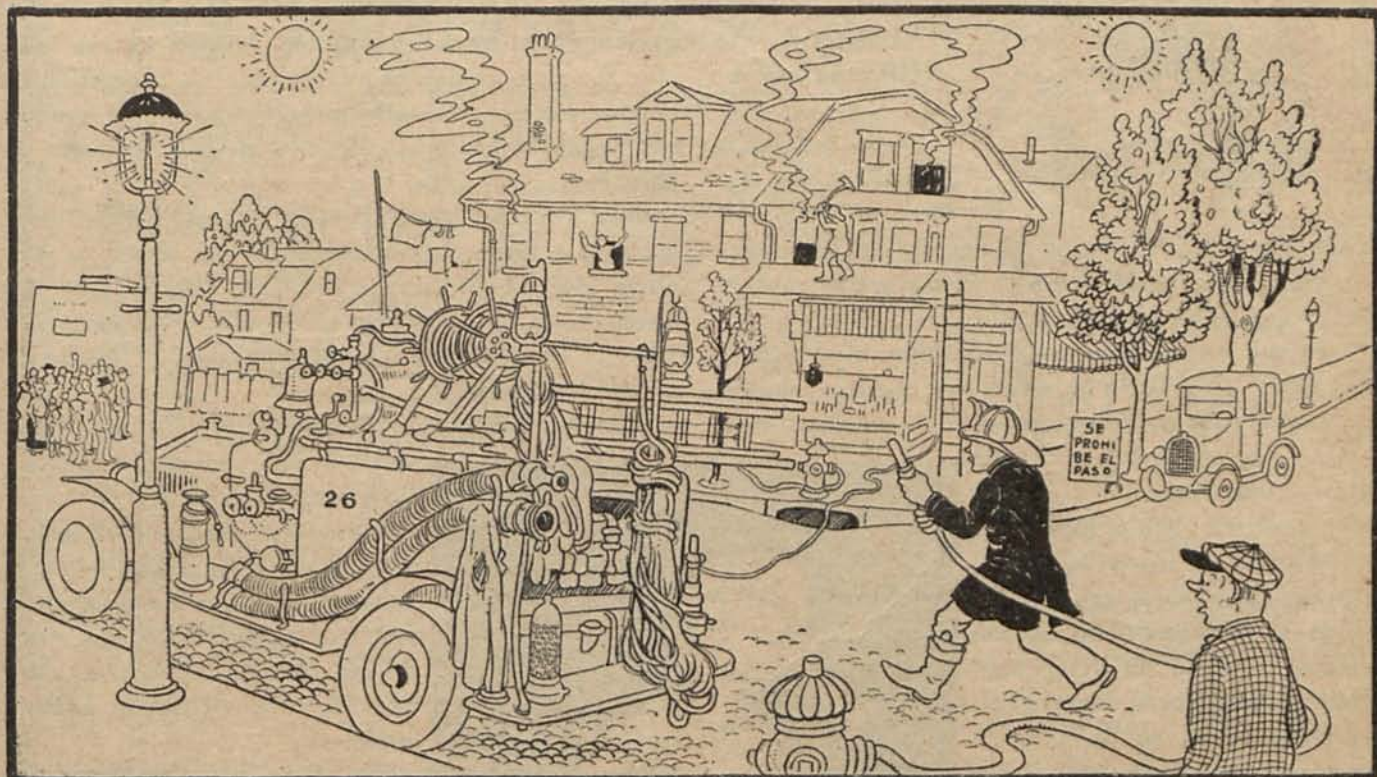
UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOENEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE MARZO DE 1927

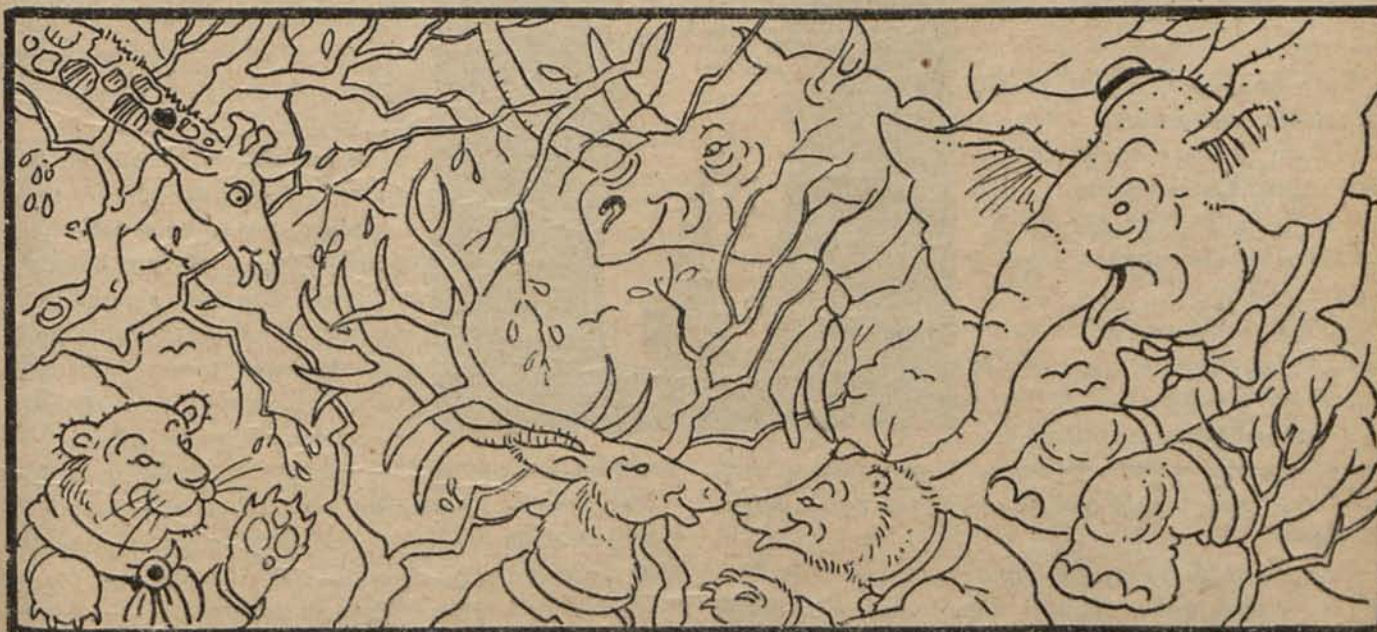
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



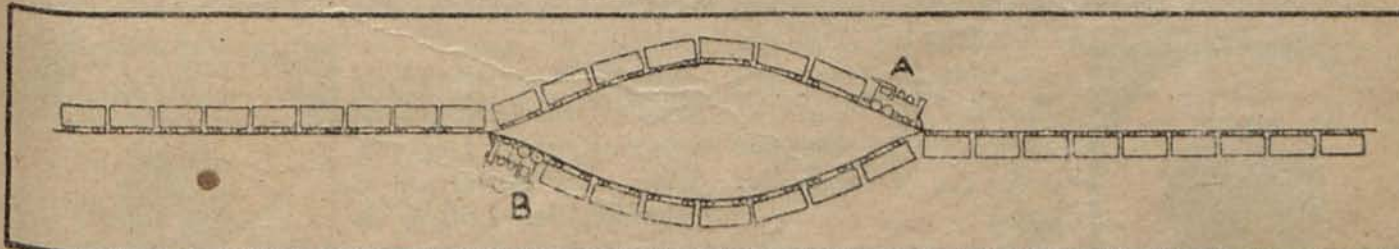
Siete son los errores del presente dibujo y los siete bien facilitos; uno de ellos, por ejemplo, es que la ropa que está tendida desde un palo a la casa inmediata, no tiene nada más que una cuerda, debiendo tener dos para que corran las garruchas, pues de lo contrario no podrian tender los calcetines, ni el paño, ni aun subiéndose al tejado que hay debajo. Los otros seis, a poco que os fijéis, los encontraréis.

UN MITIN EN LA SELVA



La selva está revolucionado cuando se conmueve. Desde primera hora de la mañana llegan los animales, llamados por papá elefante. Papá elefante se ha puesto su sombrero hongo, su cuello y corbata de lazo, y lleno de ira ha convocado a los más principales animales a un mitin para ver qué castigo se da al bisonte por haber tenido la osadía de querer meterle un cuerno estando jugando con él. ¡Pobre bisonte! Se ha escondido oliéndose lo que le va a ocurrir. ¿Dónde se halla?

MANIOBRA COMPLICADA



Hoy ha llegado a la redacción Morronguis con un papel que creemos ha cogido en alguna estación, pues es un dibujo hecho a propósito de una maniobra difícil. Preguntado por Pirula que de dónde ha sacado el papel, ha confesado que no lo ha robado, sino que se lo han dado con tres sardinas dentro. Tan serio se ha puesto, que ha habido que creerle. En el dibujo, como veis, hay dos trenes que quieren pasar, mas como sólo hay una vía, esto es imposible. ¿Qué solución le daríais vosotros para que cada tren continúe su marcha interrumpida? Como veis, llevan la indicación A y B para que en la solución indiquéis lo que hace uno y otro tren.



Sección Pirula

PIRULA, BORDADORA

*Dorita la Pródiga
y el pijama de Toñín.* — Dorita está

triste y preocupada. Ella quería hacerle a su hermanito Toñín un buen regalo el día de su santo, y se encuentra con que su hucha está vacía.

Y es que tan pronto como Dorita tiene algún dinero se lo gasta; unas veces lo invierte en regalos y limosnas, lo cual está muy bien; otras veces—muchas—se lo gasta en golosinas, lo cual está bastante menos bien.

No más tarde que el lunes último, la mamá de Dorita le regaló, en premio por lo bien que se había sabido la lección de inglés, una flamante moneda de veinticinco céntimos, que Dorita encerró cuidadosamente en su bolsillo, un precioso bolsillito de piel de ante gris perla que le han traído los Reyes este año y del cual ella está orgullosísima, porque tiene un espejo ni más ni menos que los bolsillos de las señoras mayores.

Pues bien, a la vuelta del paseo, el bolsillo estaba vacío.

—Pero Dorita—pregunta mamá—, ¿qué has hecho con el real que te he dado esta mañana?

Dorita baja la cabeza y se pone algo colorada:

—Pues verás, mamá... se lo he dado a una viejecita que hay a la puerta del parque...

—Así me gusta—exclama mamá conmovida—; eres generosa y caritativa, y además, modesta, puesto que te ruborizas por tu buena acción.

Dorita—en su honor sea dicho—es incapaz de mentir; al oír estas alabanzas, ¡ay! inmerecidas, se apresura a confesar:

—Es que, verás, mamá... la viejecita, en cambio, me ha entregado diez castañas asadas, un puñado de cacahueses, un caramelo de coco y un pirulí de frambuesa.

Y de idéntica o de análoga manera que ha vaciado el bolsillito de ante gris, acostumbra Dorita a vaciar su hucha.

¡Ella que le ha prometido a Toñín que le regalará un pijama!

Y lo peor no es que Toñín se quede sin el pijama esperado, sino que Dorita se va a ver en la horrible obli-

gación de faltar a su promesa, lo cual es una cosa muy fea; bien dice el proverbio que «lo prometido es deuda» y tampoco a ella le haría gracia que cuando sus papás la prometen llevarla al cine, dejasen de hacerlo.

Otra vez nos ocuparemos de esto de las promesas que algunos niños—no, no me refiero a vosotros, mis perfectos lectorcitos—hacen muy de ligero y no acostumbran a cumplir. Volvamos por ahora a la atribulada Dorita y veamos el medio de sacarla del apuro.

Pues bien: o yo dejo de ser Pirula, o Dorita le regalará a Toñín el famoso pijama... sin gastar un céntimo.

Claro que para ello necesitamos la ayuda de mamá—la que nunca falta—que se tomará la molestia, aprovechando un vestido de Dorita del verano anterior, de cortar y coser el adjunto modelo.

Pero para que el regalo sea suyo efectivamente, Dorita ha de hacer algo más que sacrificar un vestido viejo; ella adornará el pijama con unos redondeles hechos a grandes puntos de festón alrededor de unos ojales redondos, según aparece en el grabado de esta página.

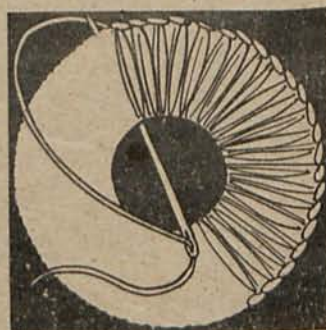
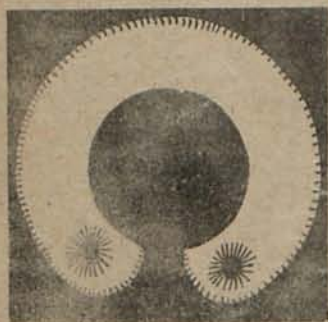
Los redondeles se bordan con grueso algodón de bordar, mate o «perlé», en un color que haga contraste con la tela; por ejemplo, en violeta si la tela es naranja, en amarillo si es azul marino o negra, en negro si es encarnada, etcétera. Con el mismo algodón, se bordea la parte inferior de

la blusa, los puños y el descote, a punto de festón.

Este gracioso y sencillito adorno de redondeles, se aplica lo mismo a una mantelería de té que a un cuello, a un gorro de nene chiquitín que a un delantal.

Dorita está encantada ante la perspectiva de poder cumplir su promesa y de la alegría que va a tener Toñín cuando le entregue este magnífico regalo.

Pero la satisfacción de ahora no debe hacerla olvidar el disgusto anterior; esperamos que la lección será provechosa y que Dorita se habrá dado cuenta de que si bien está la generosidad, la prodigalidad tiene sus inconvenientes; y en adelante sabrá resistir a la tentación de regalarle de tan extraña manera todo su dinero a la viejecita que está sentada a la entrada del parque.





ALÁ ADDÍN ABUSAMAT

CUENTO DE DOS MIL Y UNA NOCHES



Se han contado, oh rey dichoso, que en los tiempos antiguos había en el Cairo un comerciante, a quien llamaban Xems Eddin. Era el hombre más bueno y el mejor cumplidor de su palabra que podía hallarse; poseía esclavos y esclavas, negros y blancos, y otros muchos criados y servidores; sus riquezas eran abundantes y, además, desempeñaba el cargo de síndico de los comerciantes del Cairo. Estaba casado con una mujer a quien adoraba y que le correspondía dignamente; pero en sus cuarenta años de matrimonio no habían logrado la felicidad de que Dios les concediera ni una hija ni un hijo.

Cierta día, estaba sentado en su tienda y se fijó en los otros comerciantes, que todos tenían un hijo o dos o más en su compañía. Era viernes y entró Xems Eddin al baño para hacer la ablución ritual, antes de la oración. Cuando salió del baño, tomó un espejo de barbero, miróse atentamente en él y exclamó: «Doy testimonio de que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es el profeta de Dios». Observó su rostro y vio que lo blanco cubría ya lo negro; y luego, mientras iba camino de su casa, recordó aquello de que las canas de la vejez son los heraldos de la muerte.

Cuando su esposa se apercibió de la llegada, se lavó y se acicaló antes de presentarse a él.

—¡Buenos días!—le dijo.

—Yo no veo por ninguna parte lo bueno—replicó desabrido el esposo.

La mujer había dado orden a la criada de traer el mantel con la comida; y, apenas tuvieron delante los platos, exclamó:

—¡Come, oh señor mío!

—Yo no comeré nada—contestó en seco, y volvió el rostro a la comida.

—¿A qué se debe esto—le preguntó solicita su esposa—y qué pena te aflige?

—Tú eres la causa de mi pena—le dijo dolorido.

—¿Pues cómo?—preguntó la mujer sobresaltada.

—Al abrir hoy mi tienda—explicó el marido—he visto a los comerciantes vecinos sentados con sus hijos en las suyas y he dicho para mis adentros: «Aquella (la Muerte) que se llevó a tu padre, no te dejará a ti».

Y ambos, disgustados, se retiraron a sus habitaciones. A la mañana siguiente arrepintiéndose el comerciante de haber molestado a su esposa y la mujer no volvió a hablar del asunto. Pasó algún tiempo y el Señor se dignó concederles el don de un hijo. A los siete días rociaron con sal al recién nacido (para preservarlo del mal de ojo), y el comerciante entró a ver a su esposa, que encontró sin novedad.

—¿Dónde está esa habitación de Dios?—le preguntó.

Y ella le mostró un niño de la más extremada belleza, criatura del Gobernador de todo lo existente; sólo tenía siete días y cuando lo miraban lo creían de un año. El comerciante se fijó en el rostro y vio que era esplendente, como la luna llena, con pecas en las mejillas.

—¿Cómo le has puesto de nombre?—preguntó a la esposa.

—Si hubiera sido niña—contestó ella—le hubiera yo puesto el nombre; como ha sido niño, te corresponde a ti.

En aquellos tiempos, las gentes acostumbraban a poner nombres a sus hijos siguiendo algún presagio. Y mientras los padres discutían cómo se había de llamar el niño, llegó uno de la calle y dijo a su compañero: «Oh señor. Alá Addin». Y el padre exclamó:

—Ya tenemos nombre: «Alá Addin Abusamat». (Alá Addin, el que tiene pecas).

Entrególo después a las amas y nodrizas para que lo criaran; mamó durante dos años, creció y empezó a andar a gatas. Pasado siete años, lo encerró su padre en una habitación subterránea, por temor al mal de ojo, proponiéndose que estuviera allí hasta que le saliera la barba; destinó a su servicio una esclava y un siervo; aquélla le preparaba la comida, éste se la llevaba. Con motivo de la zahara⁽¹⁾, su padre celebró un espléndido banquete; después le puso un profesor que lo instruyese, con el cual aprendió a escribir, el Alcorán y las diversas ciencias, llegando a ser muchacho agudo e ilustrado.

Sucedió en cierta ocasión que, al llevarle el esclavo la comida, se dejó abierta la puerta del subterráneo. Alá Addin se salió de su encierro y fué a entrar a la habitación de su madre, que estaba recibiendo la visita de unas señoras de calidad. Mientras ellas estaban entretenidas en la

conversación, se acercó Alá Addin y, al ver un mozo tanguapo, todas se taparon el rostro y dijeron a la madre:

—¡Dios te recompense, fulana! ¿Por qué has permitido que entre aquí este mancebo? ¿No sabes, acaso, que el pecado es cosa que recomienda la religión?

—Pronunciad el nombre de Dios (!)—les replicó—. Este mozo es hijo mío, amado de mi corazón, hijo del síndico de los comerciantes, Xems Eddin, criado por la nodriza; collar, corteza y miga.

—¡Jamás habíamos visto ningún hijo tuyo—le replicaron.

—Su padre temió que le hicieran mal de ojo, y le preparó para vivir una habitación subterránea; quizá el esclavo se ha olvidado de cerrar la puerta y él se ha salido. Nosotros tenemos la intención de que no saliera de allí hasta que le creciera la barba.

Tranquilizáronse las señoras con estas palabras; el mozo salió de aquella habitación, dirigióse al patio de la casa; luego subió al salón y sentóse. Mientras estaba allí, llegaron los esclavos que traían la mula de su padre, y les preguntó:

—¿Dónde estaba esta mula?

—Nosotros hemos llevado a tu padre a la tienda—le replicaron—montado en ella, y luego la hemos traído.

—¿Qué oficio tiene mi padre?—les volvió a preguntar.

—Tu padre—le dijeron—es el síndico de los comerciantes en el territorio de Egipto y es el sultán de los hijos de los árabes.

Alá Addin entró entonces a la habitación de su madre y le preguntó:

—¿Qué oficio tiene mi padre?

Y ella le contestó:

—¡Oh hijo mío! Tu padre es comerciante y síndico de todos los comerciantes en tierra de Egipto, y rey de los hijos de los árabes. Sus esclavos no le consultan en las ventas, salvo si el precio pasa de los mil dinares; si el precio son novecientos dinares o menos, ellos venden por sí. No llega mercancía de parte alguna del mundo, poca o mucha, que no pase por su mano para que él disponga lo que le plazca; y ninguna mercadería se empaqueta ni sale para otros lugares sin orden de tu padre. Dios (jensalzado sea!) le ha dado incontables riquezas.

—¡Alabado sea Dios—exclamó el mozo—que ha querido que yo sea hijo del sultán de los árabes y que ha dado a mi padre el cargo de síndico de los comerciantes! ¿Pero, por qué causa, oh madre mía, me habéis arrojado a un sótano y en él me dejáis que pase la vida prisionero?

—Nosotros te hemos encerrado—le contestó la madre—por temor de los ojos de las gentes; porque el mal de ojo es verdad y la mayor parte de los habitantes de las tumbas han sido víctimas del aojamiento.

—Madre mía—exclamó el mancebo—. ¿Y dónde está el lugar en que se pueda uno refugiar contra el destino? No hay excusa que pueda inutilizar el hado; nadie puede huir de lo que está escrito. La que se llevó a mi abuelo (la Muerte) no perdonará a mi padre; si él está hoy vivo, mañana puede suceder que no lo esté. Pues si muere mi padre y yo salgo del encierro y digo que soy Alá Addin, hijo del comerciante Xems Eddin, nadie me creerá; los viejos dirán: «Jamás hemos visto que Xems Eddin haya tenido hijo ni hija»; y el Tesoro público intervendrá y se incautará de los bienes de mi padre. Dios dé su paz a quien ha dicho aquello de que «muere el inteligente y desaparece su riqueza, y el más vulgar de los hombres toma su mujer». Tú, pues, oh madre mía, debes hablar con mi padre y convencerlo para que me lleve en su compañía al mercado, que me abra una tienda donde yo pueda estar entre las mercancías, que me enseñe a comprar y vender, a dar y tomar.

—Hijo mío, así que venga tu padre, le hablaré de esto que me dices.

Cuando regresó el comerciante a su casa, encontró a su hijo Alá Addin Abusamat sentado junto a su madre; y, dirigiéndose a esta, le preguntó:

—¿Por qué lo has sacado del sótano?

—¡Oh hijo de mi tío!—le contestó ella—. No lo he sacado yo; lo que ha sucedido es que...

Y le contó lo que había pasado y le indicó los deseos expuestos por el mancebo.

(Continuará en el número próximo.)

(1) Ceremonia equivalente al bautismo entre los cristianos.

(2) Decid «En nombre de Dios» o «Lo que Dios quiera», para evitar el mal de ojo.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

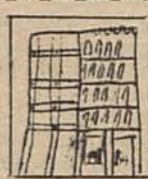
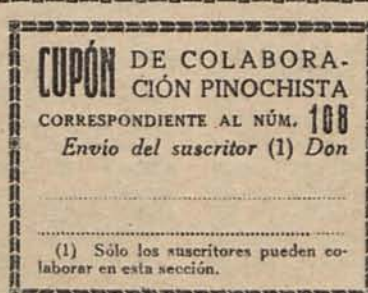
Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta Sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Pinocho cocinero, por CRISTINA.



Doña Inés en el cielo. A. G. S.



Mi futura casa. VÍCTOR CAMPA.



Mi hermano y el barco que lo ha traído a España. MANUEL NIETO MOLINA, 10 años.

Chisto.

¿Cuál es la estatua más limpia de Madrid?
La del cabo Noval, en la plaza de Oriente, porque tiene la bandera.
ELIA DE MENDOZA.

Chistes.

Erase un borracho, y fué a una casa donde estaba la señora y el señor, y le convidaron a comer, y allí no bebían vino; y dice:
—¿Vino, vino su señor avoche?
Y contesta la señora:
—Agua, agua, aguardándole estábamos y no vino.

¿En qué se parece el bacalao a los prospectos?
En que los prospectos se dan, y el bacalao da sé.

¿Cuál es el colmo de un dentista?
Sacar un diente a una cabeza de ajo.

¿Cuál es el colmo de un calvo?
Hacerse la raya a un lado.

¿Cuál es el colmo de un pescador?
Ir a pescar a Ríoseco.

¿En qué se parece un borracho a un barco de pesca?
En que coge merluzas.

ANTONIO ARREGUI.

¿Cuáles son los hombres que reciben más piropos?
Los cobradores del tranvía, porque les dicen: «Sol», «Serrano».

En una carpintería.
—Vengo a que me haga una mesa de noche.
—No, aquí sólo trabajamos de día.

JESÚS ROJO.

Chistes.

El niño.—Papá, la muchacha es un elefante.

El papá.—¿Por qué dices eso, hijo mío?

El niño.—Porque me dice con frecuencia que me va a dar un trompazo, y hoy me ha dicho el maestro que los trompazos los dan los elefantes.

En un tribunal de justicia.
—Acusan a usted de haber robado un reloj de un escaparate.

—¡Tanto como robarle!... Verá usted, señor juez: Sobre el reloj había una tarjeta, en la que se leía: «¡Aprovechad la ocasión!»

JOSÉ A. GARCÍA.

En la escuela.

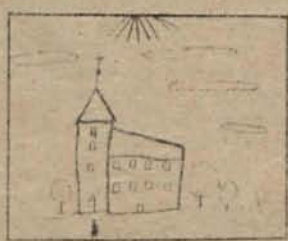
El profesor.—¿Te piensas examinar?
El discípulo.—Me da vergüenza, porque no lo he hecho nunca.

El profesor.—Pues cuando tu mamá te ponga pantalones largos le dices que no te los ponga, pues nunca los has llevado.

MANUEL GONZÁLEZ DOMINGO.



El terrible Pérez. NICOLÁS MENÉNDEZ.



La iglesia de mi pueblo. ARIADNA SÁNCHEZ, 5 años.



Retratos. A. COSPEDAL.



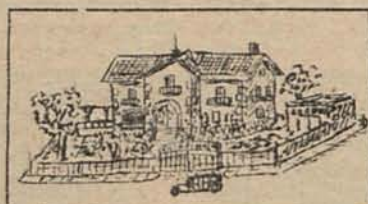
Laura, por R. S. MONTORO.



Pinocho madruga. ÁNGEL PINA, 7 años.



Angelina. L. BLANQUE, 10 años.



Villa Pinocho. ARACELI CASAJÚS.



El tío Juan. J. I. BARRAQUER.

Un castigo merecido.

Lola y Fausta bordan admirablemente; pero Fausta lo hace mejor que Lola. Esta es envidiosa y, como rica, hace sus labores en seda y raso. Fausta es pobre y emplea géneros modestos.

Un día Lola sale como asustada del cuarto de labores.

—¿Qué ocurre? —pregunta la maestra.

—Que mirando el bordado de Fausta se ha caído encima toda la salsa de mi fiambre.

—responde Lola.

La profesora no cree en la casualidad. Pero si fué casualidad que el cubrepie de Lola, que se hallaba debajo del bordado de Fausta, se pusiera hecho una perdición.

JOSEFINA JIMENO.

Doce años. Palencia.



Los sombreros que se gastan en mi pueblo. MANOLO BLANQUE.



Maria Nieto Molina. Trece años.



Mi mejor amigo. ANTONIO VELÁZQUEZ, 10 años.

La curiosidad infantil.

El señor Cristóbal, antiguo servidor de una rica casa de andaluces, tenía cerca de ochenta años, las piernas débiles y la cabeza dura como una piedra. Aunque no estaba ya para muchos trajines, tenía de buena cualidad que era pintiparado para la gente menuda, y en casa había dos, Perico y María, nardo y rosa, como dijo el poeta.

Un día que le dieron a los dos chicos, al pobre Cristóbal le hartaron toda la santa paciencia que tenía.

—Cristóbal, ¿cuántas estrellas hay?

—Según; unas noches hay muchas y otras pocas.

—¿Y por qué no se caen? ¿Dónde están sujetas?

—No tengas cuidado; mira que viejo soy yo, y no he visto caer ninguna.

—Y el sol, ¿dónde está?

El señor Cristóbal, temeroso de meterse en un callejón sin salida, dió un silbido por respuesta.

—Oye, Cristóbal, ¿las cerillas son veneno?

—Oye, Cristóbal, ¿los moros son malos?

—Oye, Cristóbal, ¿qué es más grande, Cádiz o Europa?

—Oye, Cristóbal, ¿por qué llueve?

—Oye, Cristóbal, ¿quién ha sembrado los árboles?

—Oye, Cristóbal, ¿quién puede más, un perrito o un toro?

—Oye, Cristóbal, ¿por qué andan los autos?

—Oye, Cristóbal, ¿por qué nos ponemos los zapatos?

El pobre Cristóbal tuvo que acabar por taparse los oídos.

E. COSTA.

Chistes.

En los exámenes.

Profesor.—¿Qué es pagar?

Alumno.—Un pagaré... es un...

Profesor.—¿Cómo! ¿No sabe lo que es un pagaré?

Alumno.—No, señor.

Profesor.—¡Dichoso es usted!

—Si, señor; le daré a mi hija cien mil pesos —dice el viejo a su futuro yerno— Creo que le alcanzarán para un buen almuerzo. Y usted, ¿qué trae para la cena?

—¡Oh! Yo, cuando almuerzo bien, no acostumbro a cenar.

—¿Por qué llevas esa cinta al dedo?

—Me la ató mi mujer para que no me olvidara de echar una carta.

—¿Y te has acordado?

—Si, pero ella se olvidó de darme la carta.

Un hábito.

El juez.—Visto que el acusado se muestra incorregible; visto que el delito está probado por el artículo..., por el artículo...

El acusado.—Por el artículo 583, inciso 4, señor presidente.

CARLOS J.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quiero saber, querido buho, por qué se rompe un vaso de cristal cuando echamos en él agua caliente.
—O agua muy fría.
—Yo no sabía que con agua fría podía romperse también.
—Exactamente lo mismo que con la caliente.
—Bueno, pues entonces explícame por qué se rompe un vaso de cristal cuando echamos en él agua fría o caliente.
—La causa de que el cristal se rompa es el frío o el calor. Estos dos agentes producen en la materia un brusco movimiento que determina su rotura. Y no solamente la rotura del cristal, sino también la de un cuerpo tan duro como el hierro.
—Explícame, pues, que te escucho con enorme atención.
—Todos los cuerpos, querido Chonón, constan de unas pequeñas partes que se llaman moléculas, y estas moléculas se forman a su vez de otras partes más pequeñas todavía, que se llaman átomos. Estas moléculas y estos átomos, cuando sufren la acción del calor, aumentan de tamaño, se hacen más grandes.
—Se dilatan, ¿no es eso?
—Sí, señor; y en cambio, con la acción del frío se hacen más pequeños, disminuyen de tamaño.
—Se contraen, ¿verdad?
—Muy bien, Chononcito; estás hecho un sabio. Veo que sabes perfectamente lo que es contraerse y dilatarse.
—Es que eres un maestro tan excelente, que acabarás por convertirte en un discípulo tan sabio como tú.
—Eso quiero yo, hacer de ti un Chonón enciclopédico.
—Sigue, pues.
—Al echar agua muy caliente en un vaso de cristal, ocurre que las moléculas que están en las paredes interiores del vaso son las que primero sufren la acción del calor del agua, y por lo tanto, las que primero se dilatan. Si el cristal es muy fino, el calor se transmite rápidamente por igual de dentro a fuera, y como todas las moléculas se agrandan a la vez, hay una elasticidad regular y no da tiempo a que el cristal se rompa.
—¿De modo que si el cristal es fino no se rompe?
—No; en cambio, si el cristal es grueso, el calor tarda más en llegar a las paredes exteriores, y como las moléculas que hay junto al agua se dilatan instantáneamente y las otras no, sucede que sólo hay elasticidad por dentro del vaso, pero no por fuera. Las moléculas dilatadas necesitan más espacio que las que están sin dilatar, y este desequilibrio de volumen determina la rotura del vaso. Ya sabes que hay un refrán que dice que siempre se rompe la cuerda por lo más delgado.
—¿Y qué tiene que ver la cuerda con el cristal?
—Es que un cristal que está caliente por una sola de sus caras tiene dos resistencias distintas: una que es la formada por las moléculas que se han dilatado por el calor, y otra que es la constituida por las moléculas a las que el calor no ha llegado todavía y permanecen, por lo tanto, sin dilatar; ¿qué parte crees tú que será la más resistente?
—Pues la formada con las moléculas que están frías.
—Justamente; y por eso el vaso se rompe por la parte más débil, que es por la parte dilatada.
—Entonces podemos decir, parodiando el refrán de la cuerda, que siempre se rompe el vidrio por donde está más dilatado.
—Eso es; y ahora comprenderás perfectamente que también salte un vaso cuando se echa en él agua muy fría.

—Yo creo que la razón es la misma, sólo que, en vez de dilatarse las moléculas, se contraen; pero los efectos de ese desequilibrio de resistencias son iguales.
—Así es, querido Chonón.
—Lo que más me ha sorprendido es saber que un cristal fino resiste la acción del calor mucho mejor que uno grueso.
Pues tan cierto es esto, que si echas agua en un tubito de cristal fino y lo pones a la llama de una lamparilla de alcohol, verás que el agua hervirá perfectamente y el cristal no sufrirá la menor rotura. En cambio, si el cristal es grueso saltará a los primeros efectos del calor.
—Es admirable. A mí me parece que he visto en algunos escaparates de artículos de medicina unos tubitos que se llaman tubos de ensayo y que deben de servir para hervir agua u otras cosas.
—Efectivamente, esos tubitos de ensayo se emplean mucho en los laboratorios para hervir en ellos sustancias líquidas.
—Quedamos entonces en que las moléculas pierden resistencia por la acción del calor lo mismo que por la del frío excesivo.
—Exacto; tanto el calor como el frío, las hacen variar de tamaño, las desunen.
—Y como la unión hace la fuerza...
—La separación hará todo lo contrario. Por eso, para trabajar el hierro habrás visto que los herreros lo ponen al rojo, porque es el medio de que las moléculas ofrezcan la menor resistencia.
—¿Y si el calor fuera todavía más intenso?
—Pues se llegaría a la fusión. Ahí tienes el ejemplo de la fabricación del acero.
—No lo conozco.
—En las fábricas de acero se somete a este metal a un calor elevadísimo, hasta conseguir transformarlo en un chorro de líquido candente que cuando se enfria adquiere una dureza extraordinaria.
—Oye, querido buho; entonces, ahora me explico un fenómeno que le ocurre a una mesa que tengo en mi casa. He observado en ella que durante el invierno la mesa está perfectamente bien; pero en cuanto llegan los calores del verano se pone el tablero imposible. Se curva, y casi no puedo ni escribir en él. Algunas noches, cuando ya estoy en la cama, oigo crujir la mesa como si se estuviera quejando. Esto es debido sin duda a los efectos del calor, que hace que las maderas den de sí y adquieran formas extrañas.
—Por eso conviene comprar muebles de madera más resistente a los cambios de temperatura, porque, de otro modo, no es extraño ver que lo que es una silla en el invierno se transforma en el verano en una escalerilla de caracol.
—No seas exagerado.
—No te exagero. Yo tengo en casa un armario que en el invierno se encoge tanto, que no se puede cerrar porque la lengüeta de la cerradura no alcanza a la otra hoja; y lo peor es que en el verano tampoco cierra, porque se alargan tanto las puertas, que la una monta encima de la otra.
—¡Ja, ja! Entonces sólo cerrará en la primavera y en el otoño.
—Sí, señor.
—Eso, querido buho, si no lo veo no lo creo.
—¿Tienes algo que hacer ahora?
—Escucharte a ti nada más.
—Pues entonces, vente a casa conmigo.
—Vamos allá.

Vale por una rebaja del 25 por ciento a favor de mi amigo y suscriptor Don.....

Pinocho

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escribese a su el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.



LAS OBLIGACIONES DEL BUEN PINOCHISTA

(No se incluyen en ellas las que corresponden no sólo a los buenos Pinochistas, sino a todos los hombres buenos.)

- 1.º Leer PINOCHO cada semana (si todas nuestras obligaciones fueran tan divertidas... ¿verdad?)
- 2.º A ser posible, suscribirse a la revista del héroe de madera.
- 3.º Procurar que Pinocho y su revista sean conocidos, protegidos y reverenciados en todas partes.
- 4.º Usar en su correspondencia epistolar el Papel de cartas Pinochista, que es estupendo.
- 5.º Si le toca un premio en los sorteos de regalos y en los concursos de PINOCHO, decírselo a todos sus amigos para que vean qué premios regala y sorten entre sus suscritores este semanario inmortal, colosal y sin igual.

DE LA COLECCIÓN Cuentos de Calleja en Colores

SEGUNDA SERIE



Precio 2 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América, sin aumento de precio, ésta y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en una carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Mario Santaolalla.—¿Que si me gustan tus dibujos? Muchísimo. Ahí es nada el formidable paisaje que me envías, y el magnífico trasatlántico, y el sin par retrato de Mercedes. Todos los trabajos irán publicándose a su tiempo.

Margarita Díez Nieva.—Quisiera, linda Margarita, que tu cuento fuese más corto. Algo así como la tercera parte de la extensión que le has dado. Conste que es bellísimo; pero el espacio disponible para la Colaboración Pinochista hay que repartirlo entre todos los colaboradores, y son muchos. No dejes de hacer lo que te aconsejo, porque el cuento es precioso y me satisfaría muchísimo publicarlo en mi Revista. Pirula y Anita te envían abrazos cordialísimos.

Ernesto Rian.—No puede ser, porque el Gran Consejo Pinochista lo tiene prohibido. Ya he visto que envías un cupón para cada trabajo, y he visto también lo estupendo que son tus dibujos; pero sin ser suscriptor yo no tengo forma de publicártelos. ¡No sabes lo que lo siento, querido Ernestito! Un apretado abrazo.

Pepito Sánchez, Julio Nieva y Amalio Romero.—Los tres habéis incurrido en el mismo descuido. Los tres habéis hecho a lápiz unos formidables dibujos, y los tres os vais a ver privados de contemplar vuestros trabajos en mi Revista, porque no se pueden reproducir si no están dibujados con tinta. Claro que ya sé que exclamaréis: «¡Pues los haremos con tinta, y en paz!» Así lo espero. Os envío tres abrazos muy fuertes.

Eloisa Montejano.—Tu precioso dibujo se publicó ya. No puedo concretarte el número de mi Revista en que apareció, pero te aseguro que ya se ha publicado. Repasa la colección, mi simpática pinochista, y verás cómo lo encuentras. Yo creo que debe de estar entre el número 70 y el 90. Si no fuera por el quehacer que me dan Currinche, Colorín, Cañamón y Morronguis, yo mismo lo buscaría. Te envío efusivos abrazos.

Antonio Vergara.—Cinco cosas con un solo cupón, no puede ser. Cada trabajo ha de venir acompañado de su cupón correspondiente. Es acuerdo del Gran Consejo Pinochista, que tú, tan listo y tan inteligente, comprenderás que no toma un acuerdo si no es con razones sobradísimas para ello. Tuyo incondicional.

Ramón Amantegui.—Te digo exactamente lo mismo que al anterior pinochista, sólo que donde dice cinco, pones tres. Tuyo.

Manuel Alpañés.—Tus graciosísimos chistes han troncado de risa al gran Morronguis, que es el primero que los ha leído. Sucesivamente han ido también troncándose Currinche, Don Turulato, Colorín, Cañamón, etc., etc. Están muy requebriados tus chistes, y ya comprenderás que en cuanto les llegue su turno aparecerán en mi Revista. Lo que yo siento mucho, mucho, mi querido pinochista, es no poderle enviar el número 99 que me pides. Hubo una época en que el Gran Consejo Pinochista accedía a todas las peticiones de ejemplares que se le hacían, y llegó una, y otra petición, y otra, y veinte, y ciento..., y hubo necesidad de suspender estos envíos, porque no se daba abasto. Yo lo siento mucho, querido Manolito, pero yo no puedo hacer nada en este asunto. Te envío un efusivo y apretado abrazo.

José López Vinuesa.—Tus dibujos *La familia de Pinocho*, *El turismo de mi tío* y *El tocador de acordeón* son algo maravilloso. Tú no sabes la alegría que hubiera recibido si llego a poder publicártelos; pero se te ha olvidado lo principal, lo más importante: hacerlos con tinta. ¡Hasta el cupón viene a lápiz! Esto no importaría, simpático Pepito; pero los dibujos no pueden reproducirse si están hechos a lápiz. ¡Qué grandísima lástima! ¡Con lo que me han gustado esos dibujos! Un abrazo muy apretado.

César Augusto del Campo.—Cuando lean en Granada tu gracioso chiste, se van a reír un rato largo. Irá en cuanto sea su tiempo. Tuyo incondicional.

José M.ª Álvarez Cascos.—Como has incurrido en el mismísimo descuido que el pinochista José López Vinuesa, al que contesto anteriormente, aplicaba integra la carta, porque no puedo decirte otras cosas distintas de las que le he dicho a él. ¡Qué lástima de barcol! ¡Tú mismo lo has echado a pique! ¡Y en Pique se queda!... Recuerdos y abrazos de todos.

Adelina Monereo.—Lindísimo tu cuento y lindísimo el chiste y el dibujo. Todo irá apareciendo en mi Revista en cuanto le vaya llegando el turno. Te felicito por lo estupendamente que escribes y dibujas. Abrazos.

Isidro S. Covisa.—Tu dibujo, formidable, y el cupón (que ha venido luego) obran ya en mi poder, y a su tiempo verás aquí en las páginas de mi Revista. Un apretadísimo abrazo.

Ernesto Roseco.—Catorce veces he repasado la lista de los suscriptores a mi Revista cuyo apellido empieza por R, y catorce veces me he quedado sin encontrarte a ti. Esto me hace suponer que no te has fijado en que en el cupón

dice: *Envío del suscriptor*. Toda la alegría que recibí al ver tus preciosos dibujos y la ingeniosísima historietita se ha trocado en decepción al ver que el acuerdo del Gran Consejo Pinochista de que sólo pueden colaborar mis suscriptores me impide darte a la publicidad. Pero quiero que recibas mi felicitación entusiasta, porque tus trabajos merecen elogios y más elogios. Que conste. Un abrazo muy apretado.

Maria G. de la Hija.—Tu cuento y tu chiste me han agradado muchísimo. Irán cuando les toque salir. El tratamiento de Excelentísimo que me das en tu carta es, desde luego, excelente; pero no me corresponde. Yo quiero que todos los pinochistas me tratéis con la misma llaneza y familiaridad con que yo os trato. Te envío un excelentísimo saludo y muchos abrazos de Pirula.

Luisita Aristizábal.—Si Anita no se hubiera ya repuesto del accidente que sufrió en el Circo, bastarían tus cariñosas palabras de consuelo para ponerse bien. ¡Cuánto te ha agradecido tus buenos deseos! Por las buenas andanzas de las historietas verás que tu gran amiga Anita está ya completamente bien. Como si nada le hubiese ocurrido. Gracias a los exquisitos cuidados de su médico, de su padrino, de su enfermera y del simpático Pelucho, ha conseguido volver a ser la misma Anita de antes. Muchas gracias por tu interés y muchos abrazos.

Jerónimo Riaza.—No es preciso que ganes premio en un concurso de pasatiempos, o en uno de chistes, cuentos e historietas, para que tu retrato aparezca en las páginas de mi Revista. El solo hecho de ser suscriptor basta para ello. También, y solamente por el hecho de ser suscriptor, entras en todos los sorteos de regalos que se celebran mensualmente, y también tienes derecho a utilizar el vale para adquirir libros con el 25 por 100 de rebaja y también... en fin, repasa mi Revista y verás que las ventajas concedidas a los suscriptores son inmensas. No me extraña que no te hayas hecho aún cargo de todas ellas porque son muchas, muchas. Te abrazo muy cariñosamente.

Carlitos Setién.—El precioso verso que le dedicas a Paco Morronguis saldrá a su tiempo en mi Revista. Ahora está Morronguis de viaje, a resolver unos asuntos de gran importancia para él, que reclaman su presencia en una granja próxima a Astorga. El no ha querido decir cuáles eran estos asuntos, pero yo creo que será algo relacionado con las mantecadas, con la leche y con la manteca. Por eso tu verso lo va a sorprender cuando lo lea, porque ni remotamente se imaginará que hay Pinochistas tan inteligentes como tú, que adivinan lo que hace cuando cree que vive en el más grande de los incógnitos. Abrazos muy fuertes.

José Fernando Lucía.—Así se dibuja, querido Pepito. No encuentro elogios para tus trabajos. Son realmente insuperables. El paisaje suizo es una acabadísima obra de arte. Y lo mismo el majo y la maja y todo, en fin, lo que me has enviado. Excuso decirte qué ganas tengo de que aparezcan en mi Revista. Tuyo incondicional.

Teresita y Julito Gil.—Los dibujos estupendísimos que me enviáis vienen sin firmar y mi confusión es enorme. Por los cupones no puedo sacar a quién corresponde cada dibujo. Como sois hermanos, no cabe posibilidad de enojo si yo equivoco la propiedad de los dibujos al publicarlos en mi Revista. Todo será que donde diga Teresita deba decir Julito o viceversa. Dará lo mismo porque los dos dibujos están tan maravillosamente hechos que no cabe distinguir en uno ni un átomo de superioridad artística sobre el otro. Si vosotros queréis aclararme la duda, antes de que se publiquen, me sacaréis de un apuro. Vuestro siempre.

Mariano Montijo o Montoya o Montejo.—Tu cuento, a juzgar por las comas, los puntos, los borrones y los garabatos, debe de ser una cosa magnífica. Pero yo no he podido descifrarlo. Don Turulato, hombre acostumbrado a resolver gravísimos problemas y enrevesados pasatiempos, no ha podido leer ni un solo renglón, ni casi una sola palabra. Hay momentos en que tu cuento parece una vista panorámica de la revolución china. Es preciso que mejores la letra si quieres hacerte comprender. Don Turulato, el pobre, está en cama y hemos tenido que aplicarle paños de agua fría a la cabeza para evitar un caso de demencia. Tu letra es de las que vuelven loco fulminantemente. Nos has dejado a oscuras, querido Marianito. Muchos y apretados abrazos.

Pinocho

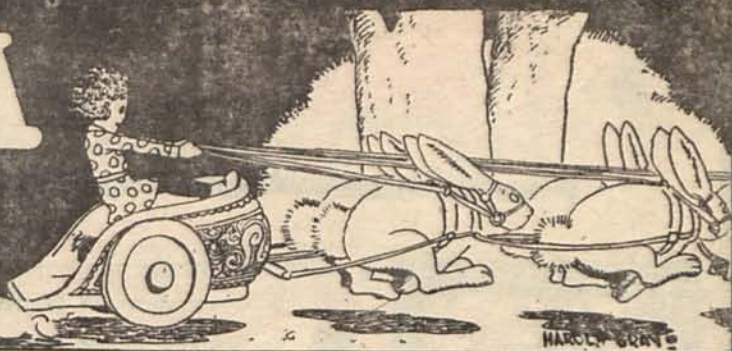


UN BILLETE COMO ESTE
DE
20 DURAZOS
ES EL TERCER PREMIO
DEL
**TERCER GRAN SORTEO
DE REGALOS PARA MIS
SUSCRITORES**

Pinocho

ANITA

BUEN-CORAZON



MARCEL GENT



¡PELUCHO, VEN
ACÁ! ¡DEJA EN
PAZ A ESE PO-
BRE CONEJILLO!



¿CUAL SERÁ EL
CAMINO DE CASA?
¡DARÍA CUALQUIER
COSA POR SABER-
LO! ¡ME PARECE QUE
NOS HEMOS PERDIDO!



¡PUEDE QUE DESDE
ALLÁ ARRIBA SE
VEA MI CASITA!
¡CANASTOS, QUE
FRIO HACE! ¡CLARO
HAY TANTA NIEVE!



¡NADA! ¡NO SE VE MÁS
QUE NIEVE Y ÁRBOLES!
¡EL CAMINO NO APA-
RECE POR NINGUNA
PARTE!



¡PELUCHO!



¿PARA QUÈ ME DEJAS SOLA? ¡ME
HAS ENFADADO TANTO QUE YA
NO SÉ NI VOLVER A CASA! ¿TE
ENTERAS? ¡NOS HEMOS PER-
DIDO! ¡PERDIDO!

¡GUAAU!



¡GUAAU!
¡GUAAU!
¡GUAAU!

¿PERO ERES TONTO?
¡SÍGUEME, QUE AHORA
ME ACUERDO DE QUE
VINIMOS POR AQUÍ
Y LUEGO TORCIMOS
A LA DERECHA!



¡DÉJAME! ¡NO SEAS TERCO!
¡ESTOY SEGURÍSIMA DE
QUE VINIMOS POR AQUÍ!



¡ANDA! ¡PUES TENÍAS TÚ RA-
ZÓN! ¡MIRA LA CASITA! ¡QUÈ
TALENTO TIENES, PELUCHÍN!



¡ANITA!
PERO SI VIE-
NES HELADA!

¡NOS HEMOS PERDIDO EN
EL BOSQUE, Y ME PU-
SE TAN NERVIOSA QUE
NI ME HE DADO CUENTA
DE QUE SE ME HELA-
BAN LAS MANOS!
¡DEME USTED
AGUA CALIENTE!



¡NO METAS EN AGUA
CALIENTE LAS MA-
NOS HELADAS! ¡USA
AGUA FRÍA QUE
ES BUENO!

¡ESTARÁ FRÍA,
PERO A MÍ ME
PARECE CALIEN-
TE!



¡CON ESTE PELU-
CHO NO HAY TE-
MOR DE PERDER-
SE EN NINGÚN
BOSQUE!
¡QUÈ LISTO
Y QUÈ BUE-
NO ES!

Colección Salgari

CADA TOMO 1,25 PESETAS

TOMOS PUBLICADOS

- 1 Los pescadores de ballenas
- 2 Invierno en el Polo Norte
- 3 La soberana del Campo de Oro
- 4 El rey de los canchales
- 5 Los naufragos del Liguria
- 6 Devastaciones de los piratas
- 7 y 7 bis. Sandokan. 2 tomos.
- 8 La mujer del pirata
- 9 Los estranguladores
- 10 Los dos rivales
- 11 y 11 bis. Los tigres de la Malasia. 2 tomos
- 12 El rey del Mar
- 13 El Capitán Gormonta
- 14 El león de Damasco
- 15 La hija de los faraones
- 16 El sacerdote de Ptah
- 17 Los solitarios del Océano
- 18 El Estrecho de Torres
- 19 La perla roja
- 20 Los pescadores de perlas
- 21 El corsario negro
- 22 La venganza
- 23 y 23 bis. La reina de los caribes. 2 tomos
- 24 Honorata de Wan-Guld
- 25 Yolanda
- 26 Morgan
- 27 y 27 bis. La capitana del Yucatan. 2 tomos
- 28 y 28 bis. Los horrores de Filipinas. 2 tomos
- 29 Flor de las Perlas
- 30 Los cazadores de cabexas
- 31 Al Polo Norte
- 31 bis. A Gordo del Taymir
- 32 y 32 bis. Las panteras de Argel. 2 tomos
- 33 El filtro de los Califas
- 34 y 35. El hombre de fuego. 2 tomos
- 36 Los dramas de la esclavitud
- 37 El continente misterioso
- 38 y 39 Los horrores de la Siberia. 2 tomos
- 40 y 41 Un drama en el Océano Pacífico. 2 tomos
- 42 y 43 El hijo del león de Damasco. 2 tomos
- 44 y 45 Dos abordajes. 2 tomos
- 46 Los naufragos del Spitzberg
- 47 y 48. Al Polo Austral en velocipedito. 2 tomos
- 49 y 50 La Costa de Marfil. 2 tomos
- 51, 52 y 53 Los mineros de Alaska. 3 tomos
- 54 y 55 Los pescadores de tiburón. 2 tomos
- 56 y 57 El buque maldito. 2 tomos
- 58 y 59 El rey de la pradera. 2 tomos
- 60 y 61 El Capitán de la Ojuna. 2 tomos
- 62 a 65 Los hijos del aire. 4 tomos
- 66 El falso Bracman
- 67 La caída de un Imperio
- 68 y 69 El desquite de Yañex. 2 tomos
- 70 y 71 La favorita del Mahdi. 2 tomos.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Si en alguna no encontráis los tomos que queréis, pedidlos, enviando su importe, a la

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA",
S. A., calle de Valencia, 28, MADRID,

que remite gratis todas sus publicaciones, sin aumento de precio, a toda España y América. Los Pinochistas americanos pueden fácilmente remitir el importe, aun tratándose de pedidos muy pequeños, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco, ya por Giro postal en las Repúblicas que tienen establecido este servicio con España, y que son: Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Méjico, Salvador y Uruguay.

